

# Historia de un viaje férreo y marítimo de Abelardo Herrero Lucas, hermano de mi abuelo José Herrero Lucas

Mabel Olga Herrero Pérez

Saliendo de casa de mis padres  
cuando el reloj dio las cuatro,  
diciéndoles “Adiós” a todos  
en un carro he montado.

*(bis)*

En cuanto me he visto en él  
me vino la imaginación  
contarles lo sucedido  
si me prestan atención.

Atención pido señores  
digo, si me es permitido,  
para escuchar las verdades  
de este joven atrevido.

Del pueblo de Fresnadillo  
que no negare el decirlo,  
he preparado el viaje  
para los Estados Unidos.

Para que ustedes no duden  
todo se los contaré,  
ha sido en el siglo veinte,  
nunca, yo lo olvidaré.

El día veintitrés de enero  
de casa de mis padres salí  
con dirección a Zamora,  
estación dónde voy a partir.

Al entrar a la ciudad  
vi a los exploradores  
que andaban de maniobras,  
todos muchachos muy jóvenes.

Allí permanecí todo el día  
con bastante animación y,  
a las doce de la noche  
me dirigí a la estación.

Estuve como dos horas  
paseando por el andén  
y, al llegar las dos y cuarto  
solicité el billete del tren.

A las dos y media en punto  
cuando yo al tren subía  
sin poder hablar palabra  
de mi padre me despedía.

El tren parte de Zamora  
con muchísima zozobra  
dirigiéndolo la línea  
que va derecho a Astorga.

A la hora de salir el día  
llegamos a la estación  
para hacer cambio de tren  
con bastante animación.

En el tren que allí monté  
partió con mucha furia  
y, a las cuatro de la tarde  
llegue a estación de Coruña.

Dónde me estaba aguardando  
una mujer muy sincera,  
a quién iba dirigido  
la cual se llama Teresa.

De allí subí a un coche  
dando la vuelta redonda  
y, me llevo muy tranquilo  
marchando hacia la fonda.

Allí estuve siete días  
paseando muy contento  
viendo la mar y los barcos,  
sobre todo, los pesqueros.

También, un barco alemán  
he visto allí, prisionero  
desde que empezó la guerra,  
bastante grande por cierto.

El muelle está todo lleno  
de jardines muy bonitos  
con las casas de cristal  
que son de cinco o seis pisos.

A las doce de la noche  
de enero treinta y uno,  
en el año diez y seis,  
embarqué con mucho gusto.

Embarqué en un vapor inglés  
de la Compañía El Pacífico,  
“ORISSA” tiene por nombre  
desde que fue su principio.

El rumbo que lleva al Norte  
con bastante precaución,  
también, tiene como destino  
al puerto de Liverpool.

Pero no puedo llegar  
porque la suerte lo marca  
que había que embarrancar  
en aguas del mar de Francia.

A eso de las nueve y media  
bajan la escalera del barco  
para subir pensativo  
y con velocidad, el Práctico.

Diciendo que un submarino  
alemán, con gran cuidado,  
en la dirección que llevo  
muchas minas ha sembrado.

Luego, le cambian el rumbo  
de dirección al Norte,  
porque temen que una mina  
se lo encuentre y luego explote.

Como unos treinta minutos  
así marchó navegando,  
cuando dio un golpe terrible  
que nos dejó asustados.

Al hacer dos días y medio  
que en el vapor viajaba,  
cerca de una isla de Francia  
el vapor encallaba.

Como era entrada de puerto  
el Capitán iba de guardia  
con el primer oficial  
y, se lían a bofetadas.

Pero la suerte lo quiso  
de que esa vez se salvara  
porque lo tomaron del brazo  
para que no lo matara.

El día dos de febrero,  
que día tan desgraciado,  
para los pobres pasajeros  
del “Orissa” embarrancado.

Por ser el Día de Candelas,  
en España muy nombrado,  
mientras me dure la vida  
yo jamás podré olvidarlo.

A las diez de la mañana  
el Capitán, desde el puente,  
ordena preparar los botes  
para salvar a la gente.

Poniendo los salvavidas  
atados a la cintura,  
diciendo «Sálvese el que pueda  
que no tenemos ayuda”.

El vapor camina al fondo,  
de agua se va llenando,  
vamos corriendo a los botes  
a ver si así nos salvamos.

El Capitán, desde el puente,  
Con un silbo pide auxilio  
repetiendo sin parar  
que estaba en mucho peligro.

También, corriendo levanta  
la bandera colorada,  
indicando que el vapor  
por momentos naufraga.

Estuvo un cuarto de hora  
haciendo señas a tierra  
para que fuera a su auxilio  
el que más pronto lo viera.

Los habitantes lo ven  
preparan cuatro balandras  
y, a salvar toda la gente  
salen con esperanza.

Ya se metieron en ellas  
con dirección al vapor,  
con mucha velocidad  
para darnos salvación.

Se aproximan al vapor  
baja la escalera rápido,  
todos queríamos salir  
y nos detienen el paso.

Diciéndonos enseguida,  
“tienen que aguardar ustedes  
que es por ley salvar primero  
los niños y las mujeres”.

Así han de tener paciencia  
que pronto estarán en tierra,  
y a la isla Noirmoutier  
llegamos en media hora.

En cuanto desembarcamos nos llevaron a un hotel a todos los inmigrante para darnos de comer.

Nos trataron muy decente todo con mucha algaraza y, cada uno le pedía de lo que más le gustaba.

Haciéndolo traer por señas aunque se pidiera agua, porque no nos comprendían ni siquiera una palabra.

Por ser la isla muy pequeña no tenían alojamiento para todos los del barco, ni tampoco el alimento.

Allí estuvimos tres horas, hasta que ha llegado un parte, que a las cuatro y media en punto marcharemos a Saint Nazaire.

Con prontitud embarcamos y navegando de noche, hemos llegado al puerto, cuando el reloj dio las dos.

Más cuando desembarcamos nos dicen con precaución tienen que ir a dormir esta noche a la estación.

Estuvimos cinco días paseando por la ciudad, hay comercios tan grandes que son dignos de mirar.

El puerto es muy grande de barcos habrá un millón, sin contar con los que tienen todavía en construcción.

Estando allí muy tranquilos el día siete de febrero, el primer oficial llama que le sigamos ligeros.

Nos lleva a la estación y luego nos dijo así “se suben en este tren, que van a ver París”.

Donde llegamos el ocho a las nueve de la mañana y hemos visto a las mujeres con una red por la cara

Pues como dice el refrán que lo habrán oído decir, “él que quiera vestir modas que se vaya a París”.

Es Capital muy bonita y de grandes dimensiones creo que tiene habitantes de tres a cuatro millones.

Allí vi los alemanes con los trajes medio blancos que los tenían prisioneros y les daban muy maltrato.

Pues los hacían trabajar más que bueyes al arado, y donde quiera que iban los llevaban escoltados.

Allí pasé todo el día  
paseando por las calles,  
y a “eso de las ocho y media  
partimos para Le Havre.

A las doce de la noche  
llegué con mucha alegría,  
bajándome en la estación  
para subir al tranvía.

Con dirección al muelle  
por la calle partió,  
a eso de las doce y media  
embarqué en otro vapor.

A la una de la mañana  
se levantaron las anclas  
para empezar a marchar  
por el Canal de la Mancha.

Allí estuve siete horas  
paseando por la rambla,  
por cada inglesa que veía  
mudaba el color mi cara.

Porque las hay muy bonitas  
y también muy resaladas  
para hacer pecar a un hombre  
cada vez que las miraba.

Con sentimiento partí  
sólo con decirle adiós  
y a las cuatro de la tarde  
marché para Liverpool.

Donde he llegado de noche  
a las dos de la mañana  
y, el tren que me conducía  
parecía que volaba.

Porque pasábamos cerca  
de donde dan las batallas  
y temían que los aeroplanos  
alguna bomba tiraran.

Al llegar a la estación  
ya me estaban aguardando  
para llevarme al hotel  
uno que estaba encargado.

Allí estuve tres días  
junto con los compañeros  
paseando por la ciudad  
y viendo muchos comercios.

Es un puerto muy grande  
y de mucho movimiento  
en Inglaterra no hay otro,  
ni comparación de ello.

No pasan tres minutos  
si alguno los va contando,  
que no levanten los puentes  
para entrar y salir barcos.

De aquí no hay más detalles  
pero, no quiero pensar,  
sólo diré que el día doce  
volví otra vez a embarcar.

En el vapor “New York”  
que el día once se esperaba,  
entré en el muy contento  
a las diez de la mañana.

A las cuatro de la tarde  
se levantaron las anclas  
con destino a Nueva York  
lo ponen a toda marcha.

Con las luces apagadas  
marchó a prisa navegando  
por miedo a los submarinos  
y con los botes colgando.

Pero por el temporal  
con poca marcha fue  
y, en vez de tardar ocho días  
hemos empleado diez.

Algunos días creí,  
cuando me ponía a pensar,  
que iba a servir de pasto  
para los peces del mar.

Porque las olas pasaban  
todas por encima del barco  
y, estuvimos en peligro  
cuando cruzamos los bancos.

Que llamaban de Terranova  
en todas partes nombrados  
por el peligro que tienen  
cuando los cruzan los barcos.

Pero, por fin ha llegado  
al puerto de Nueva York  
con todos los pasajeros,  
de febrero el veintidós.

A las nueve de la mañana  
cuando el vapor atracaba  
he divisado a mi hermano  
que impaciente me esperaba.

Recibí tanta alegría  
que me puse tan contento  
que no sabía si llorar  
o reír al mismo tiempo.

Había estado trece días  
esperando en Nueva York,  
a la mañana iba al muelle  
haber si entraba el vapor.

Más el día veintidós  
él bastante madrugó  
porque tuvo la noticia  
que llegaba aquel día el vapor.

Cuando salimos de allí  
montamos un «elevado»  
con dirección a una fonda  
a dónde llegamos muy rápido.

Con un hambre canina  
imposible de aguantar  
que eran las cinco de la tarde  
y teníamos que almorzar.

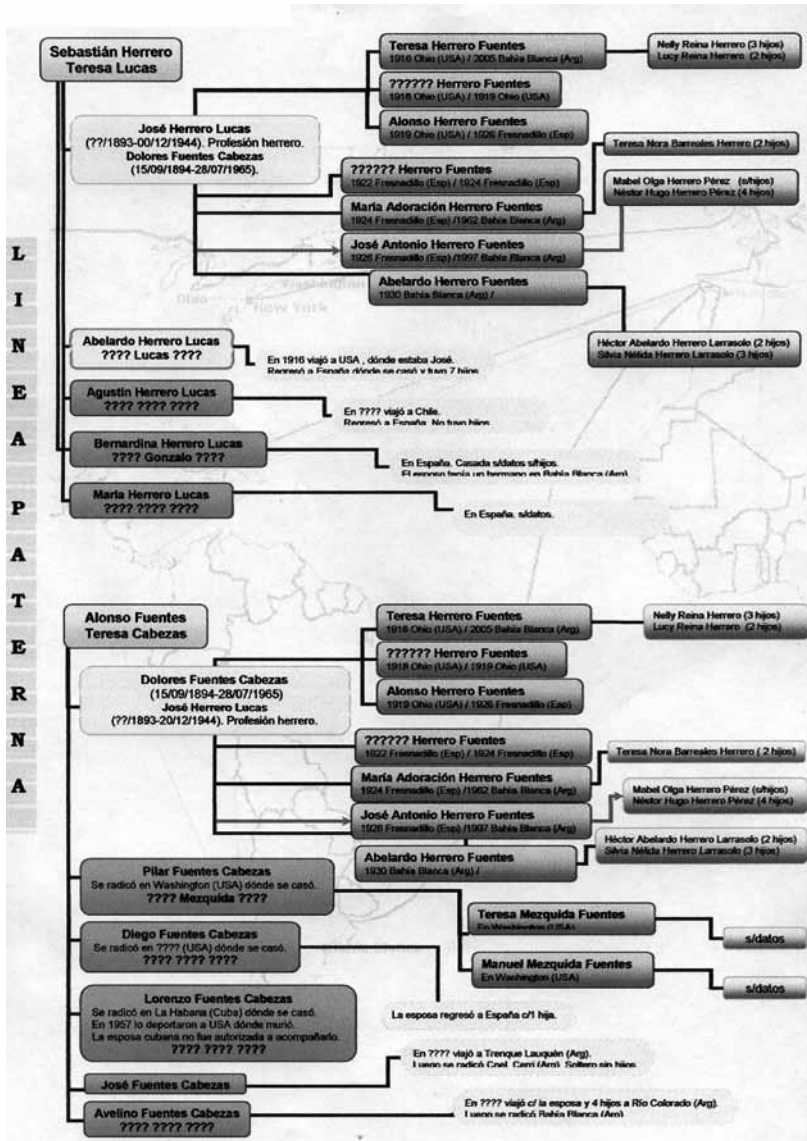
Así pasamos el día  
en el hotel descansando  
para marchar al día siguiente  
donde habitaba mí hermano.

Cuando bajamos del tren  
era ver una hermosura,  
metiéndonos en la nieve  
por encima de la cintura.

Hemos llegado tranquilos  
y muy frescos de la cara  
el veinticinco de febrero  
al hogar o sea a la casa.

Extrañando tanto el frío  
que se cortaba el aliento  
no pudiendo estar parado  
siquiera por un momento.

Así he llegado a la casa bastante desmejorado siendo imposible contar las fatigas que he pasado.



Árbol genealógico.

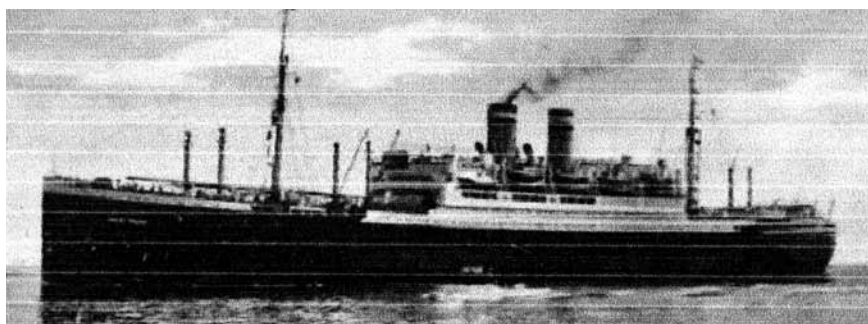
Historia de un viaje férreo y marítimo de Abelardo Herrero Lucas, hermano de mi abuelo José Herrero Lucas



Mapa de los viajes de Abelardo Herrero Lucas.



Vapor "Orissa" (1895-1918), de la Pacific Steam Navigation Company.



Transatlántico "New York", de la Hamburg Amerika Linie.